

TEXTOS TEMA 5. Teatro europeo del siglo XVII

Tabla de contenido

<i>HAMLET</i>	3
<i>MACBETH</i>	3
<i>EL REY LEAR</i>	5
<i>TARTUFO</i>	6

HAMLET

HAMLET.—Ser o no ser, esa es la cuestión:
si es más noble para el alma soportar
las flechas y pedradas de la áspera Fortuna
o armarse contra un mar de adversidades
y darles fin en el encuentro. Morir: dormir, 5
nada más. Y si durmiendo terminaran
las angustias y los mil ataques naturales
herencia de la carne, sería una conclusión
seriamente deseable. Morir, dormir:
dormir, tal vez soñar. Sí, ese es el estorbo; 10
pues qué podríamos soñar en nuestro sueño eterno,
ya libres del agobio terrenal,
es una consideración que frena el juicio
y da tan larga vida a la desgracia. Pues ¿quién
soportaría los azotes e injurias de este mundo, 15
el desmán del tirano, la afrenta del soberbio,
las penas del amor menospreciado,
la tardanza de la ley, la arrogancia del cargo,
los insultos que sufre la paciencia,
pudiendo cerrar cuentas uno mismo 20
con un simple puñal? ¿Quién lleva esas cargas,
gimiendo y sudando bajo el peso de esta vida,
si no es porque el temor al más allá,
la tierra inexplorada de cuyas fronteras
ningún viajero vuelve, detiene los sentidos 25
y nos hace soportar los males que tenemos
antes que huir hacia otros que ignoramos?
La conciencia nos vuelve unos cobardes,
el color natural de nuestro ánimo
se mustia con el pálido matiz del pensamiento, 30
y empresas de gran peso y entidad
por tal motivo se desvían de su curso
y ya no son acción.

William SHAKESPEARE
Hamlet, Espasa Calpe

MACBETH

I

Macbeth.—No voy a volver: me asusta pensar en lo que he hecho. No me atrevo a volver.

Lady Macbeth.—¡Débil de ánimo! Dame los puñales. Los durmientes y los muertos son como retratos; solo el ojo de un niño teme ver un diablo en pintura. Si aún sangra, les untaré la cara a los criados para que parezca su crimen. (Sale. Lllaman a la puerta dentro).

Macbeth.—¿Dónde llaman? ¿Qué me ocurre, que todo ruido me espanta? ¿Qué manos son estas? ¡Ah, me arrancan los ojos! ¿Me lavará esta sangre de la mano todo el océano de Neptuno? No, antes esta mano arrebolará el mar innumerable, volviendo rojas las aguas. (Entra Lady Macbeth).

Lady Macbeth.—Mis manos tienen tu color, pero me avergonzaría llevar un corazón tan pálido.

II

Macbeth.—Ya casi he olvidado el sabor del miedo. Hubo un tiempo en que el sentido se me helaba al oír un chillido en la noche, y mi melena se erizaba ante un cuento aterrador cual si en ella hubiera vida. Me he saciado de espantos, y el horror, compañero de mi mente homicida, no me asusta. (Entra Seyton). ¿Por qué esos gritos?

Seyton.—Mi señor, la reina ha muerto.

Macbeth.—Había de morir tarde o temprano; alguna vez vendría tal noticia. Mañana, y mañana, y mañana se arrastra con paso mezquino día tras día hasta la sílaba final del tiempo escrito, y la luz de todo nuestro ayer guio a los bobos hacia el polvo de la muerte. ¡Apágate, breve llama! La vida es una sombra que camina, un pobre actor que en escena se arrebata y contonea y nunca más se le oye. Es un cuento que cuenta un idiota, lleno de ruido y furia, que no significa nada.

William Shakespeare
Macbeth, Espasa Calpe

EL REY LEAR

[Entra Lear, loco. En escena, el fiel conde Gloster, a quien Cornwall, marido de una de las hijas de Lear, ha arrancado los ojos. Contempla la escena Edgar, hijo de Gloster, rechazado por su padre].

Lear.— Me decían que yo lo era todo.

Gloster.— Ese tono de voz lo recuerdo. ¿No es el rey?

Lear.— Sí, un rey por entero. Si miro ceñudo, el súbdito tiembla. A ese le perdono la vida. ¿De qué se te acusa? ¿De adulterio? No morirás. ¿Morir por adúltero? No: goza el gorrión y hasta la mosca dorada se aparea en mi presencia. Que cunda el fornicio, pues el hijo bastardo de Gloster fue más bueno con él que conmigo mis hijas, engendradas en legítimo lecho. ¡Vamos, lujuria a montón, que me faltan tropas! Mirad esa dama gazmoña, cuyo gesto anuncia hielo entre las piernas, que afecta virtud y menea la cabeza si oye hablar del placer. Ni zorra, ni semental bien nutrido se entregan con más desenfreno. De cintura para abajo son centauros, aunque por arriba sean mujeres. Hasta el talle gobiernan los dioses; hacia abajo, los demonios. Ahí está el infierno, las tinieblas, el pozo sulfúreo, ardiendo, quemando, peste, podredumbre. ¡Qué asco! ¡Qué asco! Boticario, dame [...] algalia, que me perfume la imaginación.

Gloster.— ¡Ah, dejad que os bese la mano!

Lear.— Antes deja que la limpie; huele a mortalidad.

Gloster.— ¡Ah, criatura destrozada! Así llegará a su fin el universo. ¿No me conocéis?

Lear.— Me acuerdo muy bien de tus ojos. Lee este papel; mira cómo está escrito.

Gloster.— Aunque las letras fueran soles, no las vería.

Edgar.— (Aparte). Si lo contasen, no me lo creería. Pero es cierto, y me parte el corazón.

Lear.— Lee.

Gloster.— ¿Con qué ojos?

Lear.— ¡Ajá! ¿Es eso? ¿Sin ojos en la cara, ni dinero en la bolsa? Verás todo negro y andarás sin blanca: ya ves cómo va el mundo.

Gloster.— Lo veo sintiéndolo.

Lear.— ¿Estás loco? Se puede ver el mundo sin tener ojos; mira con los oídos. Ve cómo ese juez maldice a ese pobre ladrón. Un leve susurro, cambias los papeles y... ¿quién es juez y quién ladrón? [...]

Edgar.— ¡Qué mezcla de razón e incoherencia! ¡Juicio en la locura!

Lear.— Si quieres llorar mi desgracia, toma mis ojos. Te conozco muy bien; te llamas Gloster. Sé paciente: nacimos llorando. La primera vez que olemos el aire, gemimos y lloramos. [...] Al nacer, lloramos por haber venido a este gran teatro de locos. ¡Buen sombrero! Sería una treta sutil herrar con fieltro un escuadrón de caballería. Haré la prueba y, cuando sigiloso me acerque a mis yernos, ¡muerte, muerte, muerte, muerte, muerte!

William Shakespeare

El rey Lear, Espasa

TARTUFO

[Orgón quiere casar a su hija con Tartufo, que ha intentado seducir a su esposa Elmira]

Elmira.—Poneos debajo de esta mesa y esperad.

Orgón.—¿Cómo?

Elmira.—Escondeos bien; es muy necesario. No os escandalicéis en modo alguno, os lo ruego. Diga lo que diga, todo me estará permitido. Voy, por medio de zalamerías, y puesto que se me obliga a ello, a desenmascarar a ese alma hipócrita, a halagar los impúdicos deseos de su amor y a dar campo libre a su temeridad. Como es por vos, y para perderle mejor, por quien yo voy a fingir corresponder a su amor, cesaré en cuanto estéis convencido, y las cosas no llegarán más que hasta donde queráis. [...] Aquí llega. Permaneced callado y tened cuidado que nadie os vea. [...]

(Tartufo, Elmira y Orgón, debajo de la mesa).

Tartufo.—Se me ha dicho que queráis hablarme en este lugar.

Elmira.—Sí. Tengo que revelaros unos secretos. Pero antes de empezar cerrad esa puerta para que os lo diga y escudriñadlo todo por temor a que nos sorprendan (Tartufo cierra la puerta y vuelve). [...] Cuando yo misma os forcé a rechazar la boda que mi esposo acababa de anunciar, ¿no debisteis al punto comprender el interés que por vos existe y el pesar que habría de causar el que ese enlace decidido se realizara, al ver partido un corazón que alguien ansía entero para sí?

Tartufo.—Es, sin duda, señora, un goce indecible oír esas palabras de una boca amada; su miel derrama en todos mis sentidos una dulzura jamás gustada. La dicha de agradaros es mi supremo afán, y mi corazón se extasía en todos vuestros deseos. Pero mi corazón os pide en este instante que le concedáis la libertad de atreverse a dudar un tanto de su felicidad. Podría yo creer que esas palabras son un honesto artificio para obligarme a deshacer un enlace concertado; y si me permitís hablaros claramente, de tan dulces palabras me fiaré solo cuando me otorguéis ciertos favores por los que suspiro y que vengan a confirmarme en todo cuanto aquellas han podido expresarme, afirmando en mi alma una fe constante en las dulces bondades que conmigo tenéis.

Elmira.—(Tosiendo, avisando a su marido). ¡Cómo! ¿Queréis ir tan deprisa y agotar desde el primer instante la ternura de mi corazón? Parece que sacrificarme en dulces confesiones no os basta... ¿No podéis sentiros satisfecho sin llegar a los últimos favores? [...]

Tartufo.—Si mis homenajes miráis benévolamente, ¿por qué negarme ahora la prueba definitiva?

Elmira.—¿Y cómo consentir en lo que deseáis sin ofender a ese cielo que tanto os preocupa?

Tartufo.—Si es solamente el cielo lo que se opone a mis deseos, apartar tal obstáculo es fácil para mí, y por ello no debe contenerse vuestro corazón.

Elmira.—¡Mas nos atemorizan tanto con los decretos de la providencia!

Tartufo.—Yo puedo disiparos esos temores ridículos, señora; conozco el arte de acallar los escrúpulos. El cielo prohíbe, en verdad, ciertos goces; mas pueden realizarse con él algunas transacciones... (Es un desalmado que habla). Según las necesidades, existe el arte de ensanchar los lazos de nuestra conciencia y de rectificar la maldad de los actos con la pureza de nuestras intenciones. Ya se os iniciará, señora, en esos secretos: no tenéis más que dejaros guiar; satisfaced mis deseos y no temáis; os respondo de todo y cargo con el pecado. (Elmira vuelve a toser). Toséis mucho, señora.

Elmira.—Sí, mucho. ¡Es mi cruz!

Tartufo.—¿Queréis, para aliviaros, un poco de regaliz?

Elmira.—Es un catarro mal curado, sin duda; y bien que no servirán de nada todos los regalices del mundo.

Tartufo.—Es realmente molesto.

Elmira.—Sí, más de lo que puede suponerse.

Tartufo.—En suma, vuestro escrúpulo es fácil de deshacer. Podéis estar segura del secreto absoluto: el mal no está, señora, más que en su excesivo ruido. El escándalo social es el que origina la ofensa; pecar en silencio no es pecar.

Elmira.—En fin: veo que es forzoso resignarse a ceder; que debo consentir en concedérselo.

Molière
Tartufo, Edaf